



Reseñas críticas

A propósito de José Zanca, **Catolicismo y cultura de izquierda en la Argentina del siglo XX**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2024, 264 pp.

Las intersecciones entre catolicismo y cultura de izquierdas han sido una excepción histórica antes que una regla. Esto no niega pero exige contextualizar la sugerencia de Michael Löwy sobre las afinidades electivas entre ambas tradiciones, en ideales como la justicia social, la liberación de los oprimidos y la búsqueda de un mundo mejor. La reciente muerte del Papa Francisco, coincidente con el avance de las extremas derechas a escala mundial, dejó vacante un liderazgo global que, al haber construido su legitimidad con tópicos progresistas cuyos orígenes se remontan al Concilio Vaticano II de los años 60, fue tildado de izquierdista.

Como sostiene el escritor Javier Cercas en su reciente novela **El loco de Dios en el fin del mundo**, la elusiva figura de Bergoglio es poliédrica, tiene varias caras que se corresponden con diferentes momentos de su biografía, pero aún así: "políticamente es lo que ha sido siempre. Tal vez por eso en los años sesenta y setenta se lo consideraba un conservador (e incluso un ultraderechista) mientras que hoy, en plena resaca revolucionaria se le considera en occidente un izquierdista (o incluso un comunista). No es Bergoglio el que ha cambiado: el que ha cambiado es el mundo".

En otras palabras, la aparente contradicción de una presencia global de izquierdas encarnada en una monarquía de origen medieval, es la expresión de la derrota o el agotamiento de las revoluciones seculares del siglo XX. Si antes el Che Guevara y Ho-Chi-Minh ocuparon ese lugar, ahora la mera valoración de la justicia social, la crítica moderada al capitalismo empobrecedor, o la sensibilidad frente al genocidio en Gaza, convierten en la opinión pública a cualquier dirigen-

te visible en izquierdista. Esta identidad, que no es la que se autopercibe sino la que nos ubica en un lugar, refigura lo que significa ser de izquierda y/o ser católico en el siglo XXI. Por esta razón es bienvenido un libro como el del historiador José Zanca —ya conocido por obras originales como **Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad** y **Los humanistas universitarios**— que se ocupa de un tema tan actual como interpelador de ambas culturas.

Son numerosos los trabajos interesados por la apertura del catolicismo hacia las izquierdas, o en dirección inversa sobre la permeabilidad de éstas a militantes, ideas y alianzas provenientes del mundo clerical y sus alrededores. Sin embargo, se suele contar esa historia en libros separados, como procesos explicados por causas internas a cada campo (el Concilio Vaticano II como sujeto de la radicalización de laicos y sacerdotes, la nueva izquierda como atractivo aglomerador de militancias católicas, populistas y marxistas), antes que por una interseccionalidad específica y coyuntural.

Un primer punto positivo de **Catolicismo y cultura de izquierda** es, en cambio, su preocupación por desarmar y observar detenidamente los procesos de articulación, diálogo e intercambios transversales, principalmente en el campo intelectual. Llegados a este punto, hay que realizar una primera observación crítica, que no tiene que ver con la calidad indudable de la investigación, apoyada en documentos eclesiales, encuestas de opinión, prensa periódica y obras de intelectuales católicos, entre otras fuentes de archivo, sino con el marketing editorial. El principal tema que aborda el libro es el posicionamiento de los intelectuales católicos frente a la secularización de las sociedades modernas, de la crisis del modelo de la cristiandad, que intentó recuperar la gravitación de la Iglesia a través de organizaciones laicas en el período de

entreguerras, a la teología de la liberación en los años setenta. Es por eso que una lectura atenta al índice nos muestra un primer capítulo dedicado al tránsito del antifascismo al progresismo de posguerra, dos al problema de la secularización, uno a la teología de la revolución (en la que se concentra el mayor interés en la cultura de izquierda radical), y el último a la teología del pueblo en la que se inscribió el Papa Francisco.

En ese sentido, otro punto a favor del libro es indagar las continuidades entre dos momentos (1914-1945 y 1945-1980), que los avatares de la especialización académica suelen ponderar por separado, gracias a la bisagra de la Segunda Guerra Mundial. Un tercer aspecto encomiable es que Zanca interviene con una voz propia que no se limita a coexistir con la herencia historiográfica recibida. Por el contrario, sus argumentos obligan a matizar posturas previas que han dejado una profunda huella en los modos de juzgar la relación entre catolicismo, modernidad e izquierdas en la Argentina del siglo XX.

El primer ajuste de cuentas que realiza el libro es con el paradigma del "catolicismo integral", que proviene de la Sociología de la religión de Émile Durkheim, de gran aceptación en las ciencias sociales y humanidades en nuestro país. Lo que se advierte en **Catolicismo y cultura de izquierda en la Argentina del siglo XX** es que, más allá de la pertinencia del concepto para iluminar un núcleo duro de sensibilidades antiliberales de la Iglesia, la historicidad del catolicismo de mediados del siglo XX da cuenta de una apertura a la modernidad y su diferenciación de planos políticos, religiosos, económicos, sociales, etc. La hipótesis de un catolicismo modernista y progresista, que transita del antifascismo demócrata a la teología liberacionista con lentes marxistas, no puede sino impactar también en aquellas miradas

que vieron en organizaciones de raíces católicas como Montoneros la prueba de un integrismo de izquierda, indiferente a la división entre público y privado, entre política y moral. El libro de Zanca permite pensar que esta premisa estuvo más guiada por el afán de excluir a la insurgencia armada de la racionalidad política democrática, que por una lectura compleja y documentada del pasado reciente.

Otro importante ajuste de cuentas que realiza el libro es con la perdurable categoría del “mito de la nación católica”, instalada hace tiempo por Loris Zanatta. Si el historiador italiano señaló la dimensión ideológica de la sinonimia entre argentinidad y catolicismo, Zanca muestra cómo esa construcción dejó de ser operativa dentro del mundo católico con la crisis del modelo de la cristiandad, erosionado por el entrevero de la Iglesia con las ciencias sociales, el compromiso político de los laicos, la crisis de las vocaciones sacerdotales, y el debate por la legitimidad de la religiosidad popular. Las encuestas realizadas por institutos de investigación ligados a las órdenes religiosas, los informes de los medios de comunicación y la crítica teológica marxista al culto “alienante” de San Cayetano o la Virgen de Itatí, hacían creer a sectores de la Iglesia que la nación católica había dejado de existir para dar una lugar a una “nación atea”. Con mayor perspectiva histórica, cabe pensar si esa mirada pesimista sobre el auge de las devociones locales, la espiritualidad oriental o las comunidades mesiánicas de Silo y Tibor Gordon en los años sesenta, no erraron el diagnóstico. En lugar de la nación atea, quizás se impuso un mundo pagano secularizado, una forma parcialmente religiosa de tramitar eso que Max Weber llamó el desencantamiento del mundo.

Por último, otro aporte que realiza **Calolicismo y cultura de izquierda en la Argentina del siglo XX** es el concepto de “izquierda cristiana”, amplificado para recordar que el protestantismo tuvo su propia fracción radical. Es usual en las ciencias sociales destacar la flexibilidad del catolicismo integral para absorber las alas progresistas, populistas y con-

servadoras de la Iglesia, hallazgo empírico que, al convertirse en paradigma, impuso una imagen rígida, transhistórica y post ideológica del catolicismo de los últimos cien años. Por el contrario, Zanca demuestra que en la Iglesia existieron corrientes de izquierda que procuraron diferenciarse de los sectores más ultraconservadores. Esta idea, que es una de las contribuciones principales del libro a la Historia intelectual del catolicismo argentino, es quizás también su único flanco débil, pues el concepto de izquierda que construye es más topográfico que identitario. Es decir, se relaciona con el posicionamiento de un grupo de intelectuales clericales y militantes laicos, que se distanciaron de aquellos católicos que adhirieron al fascismo, se opusieron al Concilio Vaticano II y condenaron la teología de la liberación. Ahora bien, ¿qué pasa con los contenidos, con la identidad de esta izquierda cristiana?

El libro demuestra muy bien que el posicionamiento fue posible por la crisis de la cristiandad, habilitada a su vez por la autonomización de esferas de la modernidad. Si en el horizonte de la Iglesia fue posible imaginar (y autodefinirse como) intelectual católico, obrero católico o militante católico, también se puede evidenciar el surgimiento de izquierdistas católicos. Pero aquí la palabra clave es, una vez más, la de secularización. Lo que marca a la izquierda cristiana argentina no es tanto su acercamiento al marxismo o a la guerrilla —inclinaciones que hicieron ruido pero fueron minoritarias— sino la secularización definida como ruptura con la autoridad religiosa (y no tanto como desencantamiento o desacralización, lo que habilitaría otra discusión que excede estas líneas). Y la relación entre izquierda y secularización es crucial para explicar las continuidades entre católicos antifascistas de los años treinta y cuarenta con las inflexiones postconciliares del cristianismo liberacionista y nacional-popular de los sesenta y setenta. En este punto, hay una mimesis entre izquierda cristiana, secularización y progresismo, que abre la pregunta por aquellas expresiones no progresistas de la Iglesia católica que se apoyaron en tópicos concomitantes con

la izquierda. ¿En qué lugar de la grieta eclesiástica quedaría entonces el padre Hernán Benítez, que se opuso a los métodos anticonceptivos en nombre de las encíclicas papales progresistas, con el argumento de que el control de la natalidad era un arma del imperialismo para despoblar América Latina?

El riesgo de reducir la izquierda al progresismo, con todo lo que conlleva en el debate político actual (como podría hacerlo cualquier lector de forma reivindicativa, o negando su relación tres veces, como Pedro con Jesús en la Biblia), es despojar de historicidad a este vínculo contingente. También, para el libro, implica alinearse en lo que Omar Acha señaló como paradigma historiográfico de la modernización difícil, una historia del progreso argentino más atenta a medir continuidades y límites que a abrirse a las anomalías salvajes. No obstante esta lectura crítica, es preciso reconocer que sin estudiar como hace Zanca los solapamientos entre el cristianismo y la modernidad, sería muy difícil comprender las proximidades entre izquierdistas y católicos, cuyo supuesto antagonismo primordial tiene más que ver con el goce identitario de unos y otros en percibirse radicalmente diferentes, que con el devenir histórico.

Esteban Campos
UBA / CONICET

A propósito de Mariano Plotkin, José Ingenieros: el hombre que lo quería todo, Buenos Aires, Edhasa, 2021, 344 pp.

Una biografía es algo fantástico. O más fantástico de lo que solemos pensar. Una vida, sus proyectos e intensidades condensados con hipótesis que los hilan. Apenas podemos tomar dimensión de lo que proponen este tipo de trabajos: sumergirnos donde se cruzan tantas polémicas y escalas. Más aún en este caso particular. No sólo por la figura biografiada. No sólo porque involucró una investigación de años. Sino además



porque propone un primer acercamiento sistemático al archivo personal de José Ingenieros. A una colección de miles de documentos —incluidas más de tres mil cartas— disponibles a la consulta en el CeDInCI desde el año 2013. Gracias a la intimidad que abre este acervo documental, la investigación de Plotkin alcanza una densidad peculiar.

De todos modos, esto no es una reseña del libro en cuestión, sino más bien una problematización de dos de sus hipótesis de lectura que considero productivo discutir.

Primero. ¿Por qué la figura de Ingenieros amerita una biografía a 100 años de su muerte? El libro de Plotkin no termina de explicarlo y, por eso, el esfuerzo de más de cuatrocientas páginas para dar cuenta de esa vida se vuelve paradójico. ¿Cómo fue que Ingenieros se convirtió en una figura regional tan gravitante? ¿Fue su incansable e ingeniosa voluntad de figurar —de simular, de buscar reconocimiento, de vincularse— lo que finalmente le habría posibilitado ser partícipe de las discusiones más importantes de su época?

Más o menos matizada, esta explicación subyace a la exposición de las polémicas en la que Ingenieros tuvo voz. Al menos ésta parece ser la hipótesis (¿psicológica? ¿sociológica?) del libro, y una de las maneras de restarle importancia intrínseca a las discusiones políticas e intelectuales.

Es cierto. Quizás una biografía intelectual esté obligada a priorizar sobre todo hipótesis que permitan vincular recorrido y obra. No lo sé. Puede ser. En todo caso, ésta parece haber sido la decisión, en detrimento de otro análisis posible: el de los aportes de Ingenieros en relación a los debates entonces vigentes.

La insistencia en que el autor de **El hombre mediocre** era un advenedizo repite algo que ya decían sus coetáneos más jóvenes. En aquel caso era una forma de determinación del campo cultural en oposición a su figura. Un *dilettante* que escribía sobre filosofía, historia, psicología, psiquiatría, amor... El problema radica en que, cien años después, se siga

enfaticando el hecho de que Ingenieros no se basaba en “lecturas primarias” sino en “ideas de segunda mano”, transmitidas por divulgadores o “comentaristas”. O se siga subrayando su ausencia de ideas originales. En síntesis, persisten perspectivas de análisis que los trabajos contemporáneos de recepción buscan evitar a toda costa. Si el único *motus* del biografiado al momento de intervenir en los debates de su época radicaba en la búsqueda de reconocimiento, no hay discusión teórica que valga la pena contextualizar. Al fin y al cabo, el protagonista sólo buscaba herramientas para posicionarse cultural y socialmente. A esto vamos ahora.

Segundo. **José Ingenieros: el hombre que lo quería todo** insiste también con una discusión de larga data que siempre resulta sugerente. Varios de los intelectuales allí retratados tuvieron inscripciones políticas directas y entablaron grandes debates, que implicaban alineamientos, fracturas y reposicionamientos. No obstante, gran parte de la historiografía ha sostenido la existencia de una suerte de *consenso liberal*, implícito pero envolvente. Este consenso estaría dado porque, más allá de la agresividad que pueda alcanzar el tono del debate, sus participantes —todos ellos varones—, a fin de cuentas, habrían compartido los mismos valores y principios del orden liberal que instituyeron la Argentina moderna. Esto se evidenciaría en que unos y otros —liberales y conservadores, laicistas y católicos, radicales y socialistas—, compartían sin mayores hesitaciones los mismos espacios de sociabilidad: las redacciones de los diarios y revistas, los cafés, los teatros, las academias...

Desde ya, una afirmación como ésta sólo puede sostenerse con una fuerte generalización de lo que significaría este consenso y el *ser liberal*. A su vez, el hecho de que en efecto distintos intelectuales hayan interactuado de manera presencial no conlleva necesariamente que todas las consecuencias de la discusión política sean irrelevantes.

Este consenso se debería a que se trataba de un campo intelectual todavía pequeño sin mayores diferenciaciones

internas o autonomía. O al hecho de que la búsqueda de reconocimiento recíproco entre intelectuales primaba sobre la voluntad de diferenciarse políticamente. O —llevando la tesis a sus últimas consecuencias— a que, en realidad, no habría discrepancias políticas de fondo y todos querrían, en definitiva, y aunque esgrimieran retóricamente lo contrario, preservar un mismo orden político. En definitiva, reconocer al otro como letrado a cambio de ser reconocido como tal constituía un objetivo supremo. Desde esta perspectiva, las posiciones políticas disidentes serían un mero posicionamiento intelectual, casi estético, para delimitar lugares dentro de un campo común que sólo se buscaba reproducir.

“Todos se conocían [...] todos fraternizaban: cuando la política no había venido todavía a producir desuniones ni separaciones; cuando la literatura y el arte sólo estaban comprometidos consigo mismos”; repite la cita que Mariano Plotkin trae de Lysandro Galtier, a su vez referido por Héctor P. Agosti. Pero: si “la política” todavía no había producido “desuniones ni separaciones”, ¿a partir de qué momento la política comenzaría a generar un quiebre intelectual evidente? ¿Con el ascenso del radicalismo al poder? ¿Con el impacto social de la Revolución Rusa? ¿Con la aparición de una oposición anti-democrática a Yrigoyen, a partir de 1928? ¿Con el golpe de Estado de 1930? ¿Con la inflexión que adopta el nacionalismo político en la década de 1930? ¿Con la Guerra Civil Española?

Según la versión de Tulio Halperín Donghi, los discursos que abandonaron el consenso ideológico comenzaron a registrarse hacia 1928: diversos testimonios señalan que, durante la década del treinta, escritores e intelectuales de distinta orientación política se negaron a compartir espacios, proyectos y revistas. También otros lo veían así. Por ejemplo, David Viñas: “conviene tener en cuenta que en la Argentina de los años 20 y muy especialmente en el campo literario, ni el Martínez Estrada de esa coyuntura los tiene aún definidos. Recién después de 1930 la ambigüedad o la convivencia de esa

década se irá disolviendo y polarizando. 'Artísticamente, en 1926, se vivía aún en la comunión de los santos'. Basta repasar las fotos del homenaje al Segundo Sombra para comprobar que allí están todos: viejos y cachorros, académicos y fumistas, anarcos, liberales y liguistas. El espacio literario aún no se había politizado". Plotkin abona esta tesis.

No obstante, ¿fue esto así? ¿En los veinte existía tal consenso liberal o, con las palabras de David Viñas, tal "comunión de los santos"?

Sin dudas, es posible identificar quiebres radicales del campo cultural desde mucho antes, de hecho de cuando éste no estaba separado de la esfera política. En 1911, fue el mismo presidente de la Nación quien en sus prerrogativas interfirió en la terna del concurso universitario en perjuicio de José Ingenieros. Las disputas por espacios entre clericales y anticlericales durante la década del diez provocaron sin ir más lejos el inicio de la Reforma universitaria en Córdoba. La lucha por puestos universitarios debería por lo mismo no sólo ser considerada parte central de la vida intelectual sino también política, con la renuncia de Ingenieros a su puesto de vicedecano a causa de su enfrentamiento con Korn y Alberini. Tal como leemos en **El hombre que lo quería todo**, el biografiado no fue invitado al evento de recepción a Eugenio D'Ors organizado por la revista **Nosotros** junto a la comunidad de jóvenes antipositivistas por esta causa. Todo esto sin entrar en casos más resonantes, como el desafuero del senador socialista Enrique del Valle Ibarlucea por su exaltación de la Revolución rusa.

Asimismo, mirar tanto las revistas de las que participaba Ingenieros como con las que discutía parece más bien llevar a la lectura contraria. Al seguir el entramado de firmas en estas publicaciones culturales, vanguardistas, literarias y reformistas, vemos que lo que causaron sus asociaciones, rupturas y divisiones fueron más bien diferenciaciones políticas y no posiciones teóricas. Las revistas **Clarín**, **Inicial**, **Valoraciones** y **Sagitario** constituyen algunos buenos ejemplos de lo señalado. Las adhesiones o impugnacio-

nes militantes respecto al sovietismo, el nacionalismo, el socialismo parlamentaria y el antiimperialismo fueron de hecho lo que desencadenaron sus quiebres, al tiempo que en sus páginas resultan elementos mucho más decisivos que las inscripciones teóricas laxas, al antipositivismo, el neokantismo o el espiritualismo, cual sea el caso.

Así éstas y otras revistas culturales de la década del veinte no constituyen meros "laboratorios de ideas" o "mosaicos" dentro de un *consenso liberal*. Por el contrario: muestran la existencia de lineamientos políticos determinantes. Quizás, más bien, lo que estaba en discusión para Ingenieros y sus coetáneos era un *consenso* que no sólo percibían como positivista, sino además como positivista-liberal.

Lucas Domínguez Rubio
CeDInCI / CONICET

A propósito de Valeria Di Croce, **El arca de Milei ¿Cómo y con quién construyó su poder?**, Buenos Aires, Ediciones Futurock, 2025 [2024], 349 pp.

A lo largo del año y medio de presidencia de Javier Milei, hemos asistido a un modesto "boom editorial" alrededor de su figura, cuyos títulos más resonantes serían **El loco: la vida desconocida de Javier Milei y su irrupción en la política argentina** (Buenos Aires, Planeta, 2023), de Juan Luis González; **Milei: una historia del presente** (Buenos Aires, Planeta, 2024), de Ernesto Tenenbaum, y **Milei: la revolución que no vieron venir** (Buenos Aires, Hojas del Sur, 2024), de Nicolás Márquez y Marcelo Duclós. A estas indagaciones, que se sustentan en el género biográfico para intentar explicar "el fenómeno Milei", cabría agregar un título más, que toma a su hermana como eje para armar una suerte de retrato (biografía) doble: **Karina. La hermana. El jefe. La soberana** (Buenos Aires, Sudamericana, 2024), de Victoria de Masi. Todos textos que no operan en el vacío, sino que son contemporáneos de otros que

se encuadran dentro del ensayo político propiamente dicho, tales como **¿La rebeldía se volvió de derecha?** (Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2021), de Pablo Stefanoni y **El ascenso de Milei. Claves para entender la derecha libertaria en Argentina** (Madrid, Siglo XXI Editores, 2024), coordinado por Pablo Semán.

A mediados de este 2025, tuvo su tercera edición un libro que, creemos, ostenta un punto de partida distinto: **El arca de Milei ¿Cómo y con quién construyó su poder?**, de Valeria Di Croce, cuya primera edición aterrizó en las mesas de novedades de las librerías porteñas en agosto del año pasado, agotándose en menos de cinco meses.

A diferencia de los que ocurre en los libros firmados por González, Tenenbaum y Márquez / Duclós, **El arca de Milei** pone el nombre propio en segundo plano, como genitivo. Si, como señala Arthur C. Danto, todo título encierra una clave de lectura, habría que prestar especial atención a la idea que aparece subrayada en el título elegido por Di Croce: no importa tanto Milei, sino su "arca". Ernesto Pico —editor y prologuista del libro— enumera así el poblado *staff* de esta biblioteca embarcación: "nerds, intelectuales de derecha, indignados varios, gorilas, jóvenes, streamers, podcasters, influencers, periodistas *mainstream*, viejos políticos tradicionales, agentes internacionales que construyeron las redes entre la *alt-right* del norte y los neofascismos del siglo XXI, tecno ricos que están cambiando la balanza de poder global, empresarios del círculo rojo y personas que lo votaron en el balotaje de 2023" (Cfr. Di Croce 2024, 10).

En **El arca de Milei**, el actual presidente de los argentinos es uno más entre una enorme cantidad de personajes secundarios. Su (por otros autores reiteradamente traído a la discusión) "carácter excepcional" y los llamativos pormenores de su vida previa a la jefatura de la Nación no parecen interesar a la argumentación, que se organiza alrededor de tres grandes nodos —que Di Croce nombra "shocks"—, cuyos efectos, sumados, explicarían el ascenso y triunfo de Milei. El "shock económico" ocurrido



bajo la presidencia de Mauricio Macri (10 de diciembre de 2015 al 9 de diciembre de 2019). El “shock pandémico” ocasionado por el virus SARS-CoV-2. El “shock político”, que tuvo como punto cúlmine el intento de magnicidio perpetrado el 1º de septiembre de 2022 contra la entonces vicepresidenta de la Nación. Que la argumentación asuma el concepto de “shock” como central nos remite inmediatamente al *best seller* publicado originalmente en inglés en 2007 **La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre**, de Naomi Klein, que se publicó traducido al castellano dos años después.

Gracias a la aceptación de la jerga “psi” por parte del llamado periodismo de análisis político vernáculo, “shock” es una categoría analítica que parece *explicarse sola*. Pero: ¿resultaría en verdad la más pertinente para abordar procesos socio-económicos complejos, cuyo sujeto es, en verdad, siempre colectivo? En su libro, Klein no se detiene en esta cuestión, que, en verdad, sería crucial, ya que: ¿no deberíamos, acaso, interrogarnos sobre la pertinencia de aplicar conceptos que fueron pensados inicialmente para analizar la psiquis de un único individuo tales como “estrés”, “trabajo de duelo”, “pulsión de muerte”, “compulsión de repetición” o “trauma” (que, según la RAE, es un sinónimo posible de “shock”) a todo el conjunto social?

No obstante, en tanto lectores, “compramos” inmediatamente la categoría analítica de “shock”, porque tanto en el caso del libro de Klein como en el de Di Croce, la argumentación avanza sin necesidad de problematizar teorías, impulsada por el mismo motor hipnótico que anima géneros narrativos tales como la crónica de viaje (en el caso de Klein) o la “novela de voces” —la expresión es del ensayista y escritor Carlos Gamerro— patentada por Manuel Puig (en el caso de Di Croce).

Hemos usado ya tres veces “argumentación” refiriéndonos a **El arca de Milei**, cuando en verdad deberíamos decir “exposición”. En efecto: esto no es un ensayo, sino una crónica aluvional de voces ajenas y acciones de otrxs, tachonada

por innumerables curiosidades y datos sorprendentes (verbigracia: el hecho de que la primera aparición televisiva de Milei ocurrió nada menos que en el último programa televisivo de Mariano Grondona) que se exponen narrativamente; esto es, por medio de breves escenas. Especial interés revisten los hechos que refiere de Di Croce sobre los pormenores del funcionamiento del “ecosistema mediático-digital”, en cuyos meandros los habitantes de esta peculiar “arca” parecen navegar a sus anchas.

El arca de Milei no pretende adoptar el tono asertivo de un ensayo político, ni asumir la indagación de la vida de un único individuo (ejemplar o representativo del conjunto social, a la manera de la biografía; recordemos que Márquez fue designado por el mismo presidente como su biógrafo oficial). Los párrafos, deliberadamente breves, van iluminando una a una las numerosas personas que han venido rodeando a Javier Milei desde sus primeros pasos en la escena pública, con sus respectivas voces desgrabadas (por momentos hilarantes, por momentos aterradoras). El laborioso expediente es entregado al lector, prácticamente sin más comentario. Pero: ¿a qué tradición se adscribiría exactamente **El arca de Milei**?

Una respuesta posible es: a aquella tradición inaugurada por Rodolfo Walsh con **Operación Masacre** (cuatro ediciones con modificaciones en vida del autor: 1957; 1964; 1969 y 1972). Como es sabido, Walsh inventó la “novela de no ficción” ocho años antes que Truman Capote, quien con su novela **A sangre fría** de 1965 quedaría no obstante en los manuales de literatura como el fundador de dicho género, junto a Norman Mailer y Tom Wolfe.

El relato de no ficción se define por aplicar las técnicas de la ficción para dar cuenta de sucesos reales. Como señala Ana María Amar Sánchez en **El relato de los hechos** (1992), se trata de un género intersticial, que mantiene la tensión entre lo ficcional y lo real sin resolverla. No resulta de una mera combinación de ambos planos, sino de una construcción radicalmente nueva, que se distancia tanto del

realismo ingenuo como de la pretendida objetividad periodística, si bien bajo una premisa básica: el respeto por los distintos registros de lo real (grabaciones, testimonios y documentos escritos) utilizados, que no pueden ser adulterados por exigencias de la trama.

El género, sostiene Amar Sánchez, se jugaría por lo mismo en el cruce de dos posibilidades. La de mostrarse como una mera invención frente a los ojos de los lectores, que están alertados de que los hechos que despliega la trama efectivamente ocurrieron. La de mostrarse como un espejo fiel de estos mismos hechos, habida cuenta de que el lenguaje es otra realidad que impone sus leyes: recorta, organiza, jerarquiza, construye mundo. Es precisamente sobre este terreno, donde se fusionan y destruyen al mismo tiempo los límites entre verdad y verosímil, entre objetividad y subjetividad, donde florece la novela de no ficción.

Hay algo muy poderoso en el ritmo de la ficción narrativa, que permite precisamente “hacer avanzar” el relato, suspender el tiempo, convencer sin necesidad de argumentar (sin explicar exactamente, pongamos el caso, la pertinencia —o no— del concepto de “shock”). “Si alguien quiere leer este libro como una simple novela policial, es cosa suya”, afirmaba provocadoramente Rodolfo Walsh en la “Noticia preliminar” a **¿Quién mató a Rosendo?**, publicado por primera vez en 1969, de manera coincidente con títulos como **El fiord**, de Osvaldo Lamborghini; **Cicatrices**, de Juan José Saer; **Boquitas pintadas**, de Manuel Puig; **Fuego en Casabindo**, de Héctor Tizón; **Diario de la guerra del cerdo**, de Adolfo Bioy Casares; **Cosas concretas**, de David Viñas; **Último round**, de Julio Cortázar, y **Los suicidas**, de Antonio Di Benedetto. Pero Walsh clausura toda posible lectura en serie literaria con una afirmación tajante: “Los hechos ocurrieron así”. Porque, tal como se había ocupado de señalar dos párrafos antes en su “Noticia preliminar”: “no hay una línea en esta investigación que no esté fundada en testimonios directos o en constancias del expediente judicial”.

Como lo hiciera con **Operación masacre**, Walsh vuelve a elegir como primer ámbito de publicación la prensa escrita y como destinatarios naturales de su texto a “los trabajadores de mi país”. Contra la experimentación como motor posible de la literatura, tan en boga en su época, Walsh esgrime la idea de “eficacia”. Pero: ¿qué estaría ocurriendo hoy en día con la “eficacia de la literatura”, que ocupa un lugar francamente accesorio frente a la máquina ficcional de las grandes plataformas?

Mucho se ha dicho sobre el impacto de J. L. Borges sobre los y las escritoras de nuestro país, ese *Viejo temible* que —como Perón: la homología entre ambos es, nuevamente, de autoría de Carlos Gamerro— resulta tan imposible de superar como fácilmente falsificable. Tanto menos se dijo sobre la gravitación de Walsh en el campo literario argentino. Algunos escritores que claramente se postularon como “herederos de Walsh” en lo relativo a la consolidación de una novela de no ficción argentina serían Tomás Eloy Martínez (con **Santa Evita**); Horacio Verbitsky (con **El vuelo**); Miguel Bonasso (con **Recuerdo de la muerte**), y Martín Caparrós en coautoría con Eduardo Anguita (con la monumental **La Voluntad**). Precisamente, en el tomo dos de la edición definitiva de esta última gran apuesta por emular a Walsh, sus autores reproducen la entrada correspondiente al 14 de marzo de 1972 del diario personal del autor de **Operación masacre**, en la cual éste reflexiona sobre su (im)posibilidad de escribir una “novela-inventario de época”, que funcione como una “herencia” para las futuras generaciones.

De pretensiones literarias tanto más modestas que los títulos anteriormente mencionados, **El arca de Milei** se sirve de la tradición de la novela de no ficción walshiana para armar una construcción donde la voz autoral (que irrumpe en tres únicas instancias, entre las que se cuenta la última frase que clausura todo el libro) aparece subsumida entre muchas otras voces. Como la figura de autor en la “novela de voces” de Puig, Di Croce elige permanecer en las

sombras, como una mera montajista. Pero logra un montaje verdaderamente atrapante: no lograremos soltar el libro hasta terminarlo. En su metódico conteo del enorme elenco de especímenes que pueblan el “arca”, Milei prácticamente se pierde. Es posible que esta construcción sea precisamente la que le permita a Di Croce transmitirnos una única verdad, fundamental para los tiempos que vivimos y que vendrán: “No es Milei, estúpido”.

Virginia Castro
CeDInCI / UNSAM

*A propósito de Macarena Marey, **Diario de Galileo**, Buenos Aires, Bosque Energético, 2025, 101 pp.*

Diario de Galileo está al filo de nuestros sentidos. Se trata de un libro difícil de clasificar según los estancos compartimentos de los géneros literarios. El texto combina el registro de un diario íntimo, el ensayístico, el poético e incluso el novelístico, siendo irreductible a cualquiera de ellos. Con una prosa fragmentaria, cruda y sensible, Macarena Marey narra y reflexiona sobre la experiencia de maternar a Galileo, su hijo autista no-verbal. Como reconoce la autora, quizás no estemos frente a otra cosa que un testimonio.

Sin embargo, el libro se resiste a encuadrarse dentro de la literatura del yo, que atiborra actualmente las estanterías de las librerías comerciales. Este género literario resulta especialmente problemático para la teoría política crítica porque asume que la introspección proporciona un acceso inmediato de las condiciones objetivas de existencia, eludiendo las mediaciones sociales y políticas que moldean nuestra subjetividad. De esta forma, la literatura egocentrada reproduce la estereotipia más vulgar y, paradójicamente, las ideas que sostienen las formas de opresión sistémica y material que atraviesan nuestras identidades. Esta limitación deriva, en última instancia,

de la ontología subjetivista que subyace a este género literario, según la cual los hechos sociales y políticos pueden ser explicados a partir de lazos interpersonales y reducidos a las determinantes psicológicas de individuos aislados.

Al contrario, en **Diario de Galileo** los afectos no quieren ser entendidos a partir del psicologismo subjetivista, sino, más bien, como índices históricos. El malestar, el agotamiento y el enojo que Marey describe a lo largo del libro evidencian el entrecruzamiento entre su experiencia singular y estructuras sociales opresivas. Los gritos y autolesiones de Galileo no son simples caprichos, sino expresiones de rechazo a las exigencias y expectativas que un mundo injusto posa constantemente sobre él. En esta clave, el libro adquiere una potencia crítica singular para denunciar el capacitismo como una forma de injusticia estructural.

Diario de Galileo se inscribe, así, en una tradición crítica inaugurada por la psiquiatría antirracista de Frantz Fanon en **Pieles negras, máscaras blancas**, y continuada por el marxismo neurodivergente de Robert Chapman y la teoría crítica de la salud mental de Emiliano Exposto, entre otros. Estos enfoques no niegan la existencia objetiva de los síntomas o del autismo, pero insisten en que estos fenómenos están mediados socialmente. Como resume Exposto, el desafío es evitar “individualizar los conflictos sociales e interiorizar las opresiones, convirtiendo los problemas colectivos en infortunios de resolución privada y tratamiento personal” para politizar el malestar y la discapacidad, en lugar de concebirlas como tragedias privadas.

En **Diario de Galileo**, el capacitismo aparece como un murmullo monótono, constante, que invade las calles, las plazas y los consultorios médicos. Marey analiza estos fenómenos en términos similares a los de la investigadora sobre discapacidad y capacitismo, Fiona Kumari Campbell. El núcleo del problema radica en la tendencia a naturalizar e identificar el modelo neurotípico con la idea ontológica del ser humano. Dicho ideal fija nuestras expectativas y exigencias sobre



los comportamientos posibles, calificando toda desviación como sub-humana o no-humana. Ahora bien, Marey hace algo más: devela el carácter ilusorio del supremacismo de la capacidad. Este se revela como una mera apariencia, ya que depende de que interioricemos la compulsión social por anular la discapacidad: buscar su “cura” o, en última instancia, aniquilarla. Más aún, la neuro-normatividad hegemónica se funda y sostiene en la ignorancia capacitista, una forma de sesgo cognitivo que nos cierra a la escucha de otras formas de comunicarnos, de habitar el espacio y el tiempo. Es más, la racionalidad dominante conlleva un déficit ético y epistémico, en la medida en que nos vuelve incapaces de ver el daño que hacemos sobre otros, incluso cuando no sea el efecto deliberado de nuestras acciones. Su forma última es el escepticismo sobre la existencia misma de la neuro-divergencia, aunque esta ignorancia adquiere diferentes modalidades. En este sentido, puede calificarse al capacitismo como un tipo de violencia epistémica, simbólica y material, cuya capilaridad y temporalidad son difusas, y cuyo resultado es la negación de la agencia ética y epistémica del cuerpo discapacitado.

Con todo, Marey no conceptualiza la opresión capacitista únicamente en relación con el estatus social. Desde una perspectiva interseccional, como la de Kimberley Crenshaw o María Lugones, dicho enfoque resulta excesivamente reduccionista: asume que la constitución subjetiva se resuelve sobre un único eje de las relaciones sociales, aislado de otras formas de opresión. Al contrario, Marey expone la co-implicación entre las relaciones sociales capitalistas y la neuro-normatividad hegemónica. En primer lugar, el modelo capacitista aparece asociado a la idea del adulto funcional, definido en base a los imperativos del mercado de trabajo. En segundo lugar, Marey advierte acerca de la única forma en que la neuro-normatividad capitalista logra asimilar su desviación: mediante la mercantilización y burocratización de su tratamiento médico. Dichos procesos tienen como resultado el acceso desigual a las condiciones básicas de reproducción social: la opresión se reparte de forma

diferente entre la población neurodivergente, en tanto se entrecruza con las relaciones de clase, raza y género.

De esta forma, el análisis de Marey permite entender al capacitismo capitalista como un caso de injusticia estructural. Este concepto, acuñado por Iris Marion Young, refiere a aquellos resultados injustos que, de forma sistemática, ponen a determinados grupos bajo la amenaza de dominación o privación de oportunidades. Esta tesis constituye uno de los logros conceptuales más destacados de **Diario de Galileo**, y podría enriquecerse aún más si se vincula con las teorías críticas de la forma del valor y con la corriente del marxismo neurodivergente. Un análisis de esta naturaleza apuntaría a mostrar cómo el nexo social del valor —al privilegiar el único aspecto de la reproducción material humana, el gasto de fuerza física— constituye una forma de validación social que impone la asociación entre salud, normalidad y productividad, produciendo la discapacidad como población sobrante. Una línea teórica de este tipo mostraría el capacitismo eugenésico como un rasgo central y estructural de las relaciones sociales capitalistas.

Malena Maia Antmann
Instituto de Filosofía “Alejandro Korn”,
Facultad de Filosofía y Letras / UBA

A propósito de Sandra Gayol, **Una pérdida eterna. La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2023, 334 pp.

1. Si un libro de historia ofrece viejas noticias de un pasado perdido, su novedad se cifra en el rescate de un evento, coyuntura o proceso olvidados o poco atendidos. Este es, sin dudas, el caso de **Una pérdida eterna. La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista**, el último libro de Sandra Gayol. Aunque resulte insólito, la muerte de “Evita” —el acontecimiento extraordinario

que fue— no contaba todavía con un pesquiza pormenorizada y detenida como la que encontrarán en las páginas de este nuevo libro. Su título anticipa lo que la investigación finalmente ofrece: una exploración sobre las resonancias políticas de la muerte en la cultura peronista.

Pero la novedad de un libro de historia reside, también, en el desarrollo de una perspectiva singular capaz de articular una nueva agenda de temas, hipótesis y problemas. Éste es otro rasgo distintivo de **Una pérdida eterna** que, para acusar la importancia que tuvo la muerte de Eva Perón, recupera una dimensión casi inexplorada: el universo emocional de la política y la cultura argentina a mediados del siglo XX.

Según la autora del libro, la enfermedad, la agonía y la muerte de Evita facilitaron la consolidación de aquello que había comenzado a formarse algunos años antes, con el advenimiento del peronismo al poder: una *comunidad* de hombres y mujeres vinculados entre sí por *emociones* que definieron como propias y que marcaron a fuego su experiencia individual y colectiva, sellando su pertenencia a cierta identidad política. Esa “comunidad emocional peronista” tuvo su propio “canon afectivo”, donde la semántica del *amor*, la *felicidad*, el *sacrificio* y, sobre todo, el *dolor* se articuló con el discurso político y con las políticas sociales de gobierno, informó la retórica de los cuadros y de la militancia peronista, y se asoció a experiencias de vida individuales y colectivas. En tal sentido, Gayol sostiene que la mayor originalidad del peronismo fue su capacidad para construir y legitimar una narrativa pública y política sobre el dolor popular que, durante la prolongada enfermedad de Evita, se tornaría central y contribuiría a consolidar un peronismo sensible, empático y atento al sufrimiento del pueblo en la inminencia de la muerte de su “jefa espiritual”.

Con estos argumentos, **Una pérdida eterna** pretende mostrar que la dimensión emocional fue constitutiva de la cultura y la política argentina de aquellos

años. Para terminar de probar esta idea, Sandra Gayol cierra su libro con un capítulo dedicado a evaluar el impacto de la muerte de Eva en la dinámica emocional del antiperonismo, donde sostiene que la importancia de las emociones y de los afectos no fue un rasgo exclusivo del peronismo sino un dato insoslayable de la política moderna.

2. El tema principal de **Una pérdida eterna** —así como su corazón narrativo y argumental— es la muerte de Eva Perón y el largo rito fúnebre que le siguió. Sin embargo, este evento adquiere pleno sentido a la luz de una cronología más amplia, donde se observa todo aquello que lo rodeó, un poco antes y un poco después. Así, una secuencia temporal de tres años —que se abre al promediar 1950 y se extiende hasta los últimos meses de 1952—, dispone el orden de los seis capítulos del libro. El primero de ellos, titulado “La enfermedad pública de Eva”, centra su atención en el momento previo a la muerte de Eva Perón cuando el deterioro de su salud, una vez anoticiado, se convirtió en un asunto de Estado que terminó por dominar la agenda pública y la conversación social en una coyuntura marcada por enormes turbulencias políticas y dificultades económicas. El análisis del impacto social que tuvieron los Boletines Médicos difundidos por el gobierno seguido de un detallado estudio de las distintas movilizaciones ciudadanas que expresaron preocupación y congoja por la situación, permiten a la autora del libro avistar aquellos atributos y disposiciones sensibles que marcaron las emociones y la identidad peronista —como la empatía, la tristeza y el genuino interés por el sufrimiento ajeno—, en el momento inmediatamente anterior al deceso de Eva. Este “sentir inédito” puede rastrearse, también, en las prácticas discursivas que sostuvo Eva Perón más allá de su enfermedad y agonía, y en la construcción de su propio martirio. Expresado en sucesivos renunciamentos y sacrificios, el martirio de Eva funcionó como garante de la contracara del dolor popular (que el peronismo llegó para mitigar): la felicidad de los humildes. És-

te es el argumento y tema de “El amor y el martirio de Eva, el dolor y la felicidad del pueblo peronista”, segundo capítulo del libro. Allí, con el propósito de observar el pasaje de la autoconstrucción a la construcción social del martirio, ofrece una detallada lectura de los discursos públicos pronunciados por Eva, así como la resonancia de la voz y las gestualidades implicadas en ellos.

Con todo, los dos primeros capítulos del libro funcionan como prólogo a su gran tema. En ellos la autora intenta recrear la atmósfera emocional previa a la muerte de Eva y observar las condiciones históricas que permitieron su consagración como acontecimiento extraordinario, mayúsculo, parteaguas para la sociedad argentina de entonces y “arrollador” para el peronismo.

Lo que se lee después, en el capítulo 3 —“Y Eva se murió”—, es una formidable reconstrucción del gran funeral de Estado y de los diversos ritos fúnebres que sobrevivieron luego de la desaparición de Eva Perón, el 26 de julio de 1952. **Una pérdida eterna** sostiene que, desde ese momento, la apertura de un tiempo extraordinario talló las emociones que emergieron en el marco de un complejo y dilatado rito fúnebre; ceremonia masiva y polisémica que duró quince días y en donde se produjo el pasaje de los restos de Eva como *corpo privado* a uno “enteramente público”. Haciendo foco en ese breve pero intenso lapso temporal —cuando el cauce normal de la vida histórica se detuvo en la Argentina— Gayol logra materializar las incertidumbres que inundaron la percepción de los contemporáneos a este evento colosal.

La mención a Clifford Geertz en las primeras páginas del capítulo 3 anuncia algo que, a su término, se hace evidente: estamos frente a una etnografía histórica capaz de observar, de forma simultánea, fenómenos que, como suele suceder en la historia, acontecieron imbricados los unos a los otros —muy a pesar de las modas disciplinares que nos invitan a estudiarlos por separado. Así, a la pesquisa sobre las decisiones administrativas y gubernamentales —que ordenaron el caos

inicial durante los primeros días del funeral—, le sigue otra: la del espectáculo visual, sonoro y olfativo que hizo del “rol estelar” de las coronas y de las flores, de la transmisión radial de los oficios fúnebres, del tañido de las campanas y del sonar de la marcha fúnebre de Chopin una verdadera experiencia sensible.

Sin embargo, ni las herramientas etnográficas utilizadas o la atención a la dimensión emocional de esta coyuntura son suficientes a la hora de explicar en qué reside y en dónde se cifra la sofisticadísima reconstrucción histórica que el tercer capítulo recrea —y que, muchas veces, termina por sumergir al lector en los sucesos narrados. Si, como afirmaba Walter Benjamin, el aura es “la aparición única de una lejanía”, setenta años después de la muerte de Eva Perón, Sandra Gayol es capaz de evocar un mundo de cuya percepción inmediata fuimos excluidos por razón de nacimiento. Para lograrlo, la estrategia estética que su escritura despliega resulta clave. Desde la primera página del libro —donde se promete mostrar “la importancia política de las lágrimas en la Argentina peronista”—, hasta la clausura del epílogo, hay una apuesta escritural evidente que encuentra su propio clímax en el tercer capítulo y, antes de funcionar como agregado estético y ornamento de la investigación, es constitutiva en la arquitectura de sus demostraciones.¹ Como prueba de que la historiografía sigue estando a merced de la narrativa y de lo narrable (sin perjuicio de aquello que, naturalmente, separa la historia de la literatura), casi todas las oraciones del libro conjuran un lenguaje conceptual, categorial o descriptivo con imágenes y metáforas cuidadosamente construi-

1 En la presentación del libro su autora se refirió al proceso de escritura y dijo: “A mí me gusta escribir bien, pero no es fácil. [Está] la cuestión de la interpretación y también la cuestión de la escritura pero no como un aspecto o un asunto exclusivamente estético, sino porque la escritura también provoca sentido y porque me encuentro descubriendo explicaciones en el propio proceso de escritura”. **Una pérdida eterna** se presentó en la Ciudad de Buenos Aires el 16 de noviembre de 2023, fue transmitida en vivo por YouTube y puede verse en el siguiente link <https://www.youtube.com/watch?v=Eb7oPyXvAqE>



das: “una misa era seguida en cascada por otras misas y en el oleaje resultante un mismo espacio sagrado oficial podía cobijar, en horarios diferentes, oficios solicitados por estructuras organizativas diversas” (p. 58); “verdaderos racimos humanos con antorchas encendidas hicieron una dramatización visual emotiva” (p. 156).

Luego del tercer capítulo, el libro centra su atención en distintas expresiones y fenómenos culturales, sociales y políticos que emergieron en la inmediatez de la muerte de Eva. Así, “Morir en el papel y en la pantalla”, cuarto capítulo de **Una pérdida eterna**, se detiene en la elaboración narrativa de la muerte que los medios de comunicación difundieron a través de sus diversos soportes (prensa, fotografía, cine). Para ello analiza la cobertura del funeral en publicaciones periódicas oficialistas (especialmente en el diario **Democracia**) y en dos cortometrajes encargados por el gobierno para difundir el registro visual del evento. En el análisis de esta “elaboración narrativa”, la autora observa el protagonismo que tuvieron en ella el lenguaje de las lágrimas, el dolor y el llanto. Señala, también, algo que posteriormente se tornaría obvio pero que, a pocos días de la muerte de Evita no parecía claro: la consolidación de Juan Perón como único heredero de las virtudes del régimen peronista que Eva, en vida, había representado.

El capítulo 5 se aproxima a otro tipo de narrativa: la de los telegramas y cartas de pésame enviadas a Juan Perón luego de la muerte de Eva. Para Gayol, estos textos ofrecen una oportunidad excepcional al momento de evaluar el modo en que algunas mujeres y hombres intentaron dar sentido, desde sus propias trayectorias y experiencias vitales, a un evento histórico y crucial para la política argentina. La democratización de la escritura ante la muerte y el rol de las mujeres en ella, la exclusividad peronista del dolor por la desaparición de Eva, el vínculo entre racionalización y afectividad durante los primeros gobiernos peronistas, son algunas de las cuestiones que aquí se analizan.

Leídos en conjunto, el cuarto y quinto capítulo se ocupan de un mismo fenómeno —la elaboración narrativa de la muerte de Eva— en distintas dimensiones y escalas, lo que permite a la autora deslizarse desde los grandes corredores de la industria cultural moderna —el cine, la fotografía y la prensa escrita—, hacia los pliegues subterráneos del fuero íntimo, singular y privado que la cultura epistolar del período es capaz de expresar, referir y resguardar.

Con el sexto capítulo, titulado “Oposición política y emociones”, el libro concluye su recorrido. Allí evalúa el impacto emocional que produjo la muerte de Eva Perón en el universo antiperonista. Para hacerlo, se detiene en las descripciones del funeral publicadas por la prensa opositora y en un conjunto muy heterogéneo de crónicas, ensayos y libros. En estos escritos ubica distintos diagnósticos y valoraciones que condenaron tanto la *práctica social del luto* —representado en la supuesta obligatoriedad del uso de la cinta negra dispuesta por el gobierno peronista—, como la *práctica ritual del llanto* —expresado en el descrédito de la emoción popular en el desborde de sus lágrimas. Al final, el último apartado del capítulo de cierre se focaliza en la emoción política y social del resentimiento que, para la oposición, fue el apelativo que mejor representaba la revancha y venganza personal de Eva por los sufrimientos y humillaciones del pasado. Fue, también, la pasión que el antiperonismo señaló para caracterizar el tipo de lazo emocional entre Eva y las multitudes peronistas. En este punto Sandra Gayol ofrece una interpretación audaz: si para el espacio opositor el resentimiento fue la cualidad distintiva de la figura de Eva, éste terminó por convertirse, cual efecto especular, en una emoción singular de su propia identidad, “catalizadora de su accionar político e inspiradora de sus formas opositoras de organización”. De este modo, en el sexto capítulo, se consagra la idea que palpita a lo largo del libro: las emociones estuvieron en el corazón del debate y la discusión política de mediados del siglo XX y, además, fueron constitutivas de la identidad y de las acciones

de sus protagonistas, independientemente de su bandería política.

Cerrando el libro, **Una pérdida eterna** mira hacia adelante y se adentra en la Argentina posperonista. En ella, asegura la autora, el dolor seguirá siendo peronista y la recuperación de la felicidad perdida del pueblo dependerá del retorno de Juan Perón a la Argentina. La “comunidad emocional” que la muerte de Eva había consolidado sobrevivirá, pues, al estrepitoso final de los primeros mandatos peronistas.

3. Como es evidente, una disposición diacrónica y una línea temporal definida entre 1950 y 1952-1955, ordena la secuencia de los capítulos del libro. Esto no eclipsa la relevancia de los diversos cortes sincrónicos que permiten observar dimensiones históricas muy diferentes entre sí, cuya temporalidad desborda con creces cualquier cronología previamente definida. Entre esas diversas dimensiones se destacan: la singular agencia que tuvieron las mujeres (su rol protagónico en los funerales de Estado, en la democratización de la escritura o en los debates parlamentarios), la utopía del amor romántico en su articulación con la política de masas y el advenimiento del peronismo, la relevancia de la expansión de la radio en la difusión de ideas y debates, la territorialidad de la sociabilidad peronista cuya geografía excedió el espacio porteño-bonaerense, los procesos de secularización del martirio cristiano moderno que marcaron la iconografía sacrificial de Eva, el origen dieciochesco y revolucionario del llamado emocional a las multitudes, la importancia de la prensa y del fotoperiodismo para la cultura de la época, los usos políticos del arte cinematográfico, o los devenires del criollismo martinfierrista en la escritura popular peronista.

Una empresa como ésta demanda un abanico documental igualmente complejo y, por ello, el *corpus* de **Una pérdida eterna** combina entrevistas y testimonios con periódicos, revistas, boletines médicos y disposiciones gubernamentales; censos con telegramas, cartas, plegarias y poemas; discursos públicos e intervenciones parlamentarias con registros de voces, fotografías, largometrajes e iconos visuales.

Capítulo a capítulo, queda claro el decidido esfuerzo por asir y materializar las emociones que la autora indaga ya no como pasiones impetuosas o irracionales, sino como verdaderas valoraciones cognitivas; prácticas resultantes de interacciones del sujeto con el mundo que dan fundamento a su percepción y, también, a su accionar. Por ello, aunque la *semántica de las emociones* es una metodología clave para acercarse a ellas, sus rastros y sus huellas no se buscan, exclusivamente, en las palabras que las nombran. Sea como sea, al hacer explícito el bagaje conceptual que guía esa decidida “objetivación” de las emociones, termina por dibujarse, cual propósito no buscado pero logrado, un mapa bibliográfico del *emotional turn*. La autora, además, no esconde sus estrategias de análisis (o las dudas y falencias que inevitablemente suponen), tampoco el modo en que crea, indaga y justifica su *corpus* documental. Contrario a ello una buena parte de las decisiones metodológicas se revelan en el cuerpo del texto y en las notas al pie, convirtiendo el libro en una especie de manual de uso o instrucciones para lidiar con ese mapa bibliográfico y conceptual, tan prolífico y diverso como multidisciplinar.

Sin embargo, **Una pérdida eterna** no es, estrictamente, una “historia de las emociones”. Antes bien, se trata de una historia social y cultural que —en la redada de emociones peronistas— ensaya, cual *flâneur*, un desplazamiento continuo desde los censos de población a los aromas de las flores; desde la amplificación tecnológica de la voz por radio a los sentidos incontrolables de las lágrimas; desde el desarrollo del telégrafo o el correo postal a la estética del dolor peronista que se diseminó en el “espacio epistolar” argentino; desde los proyectos parlamentarios al tejido social de los rumores políticos; etc.

4. Hay otro rasgo de **Una pérdida eterna** que, hacia el final de esta reseña, quisiera destacar. En ausencia de cualquier pretensión teorizante o pedagógica, el libro desarrolla procedimientos específicos para la resolución de los grandes temas y problemas del oficio del historiador.

En este sentido, se destaca el modo en que la autora descompone la dinámica del cambio histórico, lo que permite recuperar la percepción y las incertidumbres que tuvieron los contemporáneos a los eventos narrados.

Hay, también, una elaborada reflexión sobre la espesura temporal del gran acontecimiento que el libro indaga, la muerte de Eva Perón. Su apariencia cronológica breve, nerviosa y episódica esconde, en profundidad, procesos históricos de larga y mediana duración que Gayol logra, finalmente, situar. A propósito de ello, **Una pérdida eterna** ensaya su propia definición de “acontecimiento”, que permite indagar el modo en que ciertos hechos se gestan y consolidan como suceso parte-agua capaz de interrumpir el cauce normal de la vida histórica y de inaugurar breves y extraordinarias coyunturas.

Por su parte, en la encrucijada historiográfica que supone la posibilidad de “juzgar”, “explicar” o “comprender” —y a sabiendas de los debates y malos entendidos que, tanto en el mundo político como disciplinar argentino, provoca cualquier tentativa sobre peronismo—, Sandra Gayol opta por una rigurosa indulgencia que obtura todo registro condenatorio y se niega a cualquier tipo de dicotomía o impostura maniquea. Así, una observación como esta: “En el curso del tiempo la figura de Eva mártir parece haberse ajustado al deseo de su propia portadora. Como afirmó en 1948, su misión era ‘acercar el amor y el gozo del pan al mayor número [y] que sea la risa, la amplia sonrisa de la paz y de la justicia, la contraseña del argentino dentro del mundo’” (p. 110); convive sin contradicción alguna con otra como esta: “En la práctica un Gobierno que legítimamente se exhibía popular apeló a un decorado con reminiscencias monárquicas y a un desfile marcial con resonancias fascistas con el pueblo a distancia” (p. 161).

Finalmente, la atención a la dimensión emocional como constitutiva de la cultura y política argentina de mediados de siglo XX, auspicia (una vez más) la recuperación de la agencia de hombres y mujeres anónimos que, en la determinación

de sus propias condiciones de existencia, también *hicieron* historia. Al final, lo que este libro ofrece no es más que una respuesta singular a esa gran pregunta que, pese a su dificultad, los historiadores se niegan a abandonar: ¿por qué los hombres y mujeres actúan como actúan?

En pocas palabras, podría afirmarse que, con este libro, Sandra Gayol rescata un acontecimiento poco atendido —la enfermedad, agonía y muerte de Eva Perón—, a partir de una perspectiva subdisciplinar específica —la historia socio-cultural de las emociones— capaz de revelar dimensiones del pasado —el vínculo indisoluble entre emociones e identidades políticas— que, hasta ahora, apenas habían sido escritas. Pero, además, este trabajo nos brinda novedosas maneras de responder a algunas de las grandes preguntas que los y las historiadoras se han hecho a lo largo del tiempo sobre su propio *métier*. Por ello, la publicación de **Una pérdida eterna** es, también, un verdadero evento historiográfico.

Ana Trucco Dalmás
CeDInCI / UNSAM

A propósito de Alejandro E. Parada, **Bajo el signo de la Bibliotecología. Ensayos bibliotecarios desde la posmodernidad tardía**, Córdoba, Edivim, 2023, 154 pp.

Después del sugestivo ensayo previo sobre la historia de la lectura —**Lectura y contra lectura en la Historia de la lectura**, también por la editorial cordobesa Edivim—, esta nueva producción de Alejandro E. Parada aborda un campo que lo inquieta y que se puede rastrear en sus trabajos anteriores: la Bibliotecología y las Ciencias de la Información (ByCI). Con el honor de haber sido el primer doctorado en Bibliotecología y Ciencias de la Información en la Universidad de Buenos Aires, el autor no sólo estimuló la inves-



tigación en su campo, sino que se esforzó en tender puentes de diálogo con otras disciplinas con las que se siente próximo, como la sociología, la historia intelectual, la historia social y/o la cultural, que atraviesan a la ByCI como complemento inherente y necesario. Interpela desde sus textos y da la batalla en un nudo fundamental: la investigación de la Bibliotecología en Argentina debe sumergirse en su propia historia para afirmarse disciplinariamente.

El libro se presenta a sí mismo como un conjunto de ocho ensayos y un epílogo. En la introducción, Parada expone con claridad los objetivos del trabajo: por un lado, dar cuenta sobre la multidisciplinariedad que abraza la Bibliotecología y los cruces interdisciplinarios posibles. Por otro, reflexionar sobre las mutaciones a las que está sujeta la disciplina y sus profesionales, en relación intrínseca con las sociedades latinoamericanas en las que se encuentran inmersos y los acelerados cambios a los que están sometidas. Por último (y quizás el más importante): “empoderar el ensayo bibliotecario como una herramienta de crítica... como un instrumento de pensamiento para elaborar nuestra ‘narrativa profesional’”, esto es, fortalecer el discurso de la Bibliotecología para instalarla de pleno derecho en la intersección entre las ciencias sociales (a las que pertenece) y las Humanidades (que le aportan densidad). Toda la obra, además, se encuentra atravesada por la preocupación urgente que impone el avance tecnológico.

El primer ensayo coloca a la biblioteca como un “dispositivo cultural” y reflexiona sobre los desencuentros entre las estructuras de una ciencia creada en la modernidad y los desafíos que significó la revolución comunicacional a partir del advenimiento de internet y la nueva sociedad de la información. Una de las conclusiones de este primer texto repara sobre la “metamorfosis de la espacialidad” que esta nueva era, calificada por nuestro autor como posmoderna, impone al quehacer bibliotecario, que surfea entre un mundo material (el de los acervos físicos) y uno virtual (el que propone la digitalización). Ambos tópicos son objeto del se-

gundo ensayo, donde analiza el problema y profundiza los argumentos.

El tercer y cuarto ensayos son el corazón del libro, no sólo por su extensión (sobradamente más amplios que el resto), sino por los temas abordados, inquietud sustancial en Parada, que los entrelaza de tal modo que podrían leerse como una continuidad.

El primero de ellos se propone repensar la competencia de las bibliotecas públicas en función de las mutaciones sociales que trajo aparejadas el nuevo milenio. Lo que preocupa al autor es cómo sacar a las bibliotecas de su imagen cristalizada, de un quehacer, anacrónico por momentos, aferrado a las viejas tradiciones y prácticas del siglo XX, y empujarlas a abrazar a un potencial universo de lectores que, en los hechos, ya no las visitan para leer, sino que les demandan nuevas competencias. Es aquí cuando se plantea si las bibliotecas, dada una de sus misiones de origen, que las imbrican con lo social, no deberían transformarse para asegurar los derechos civiles, formar ciudadanos y sostener a la comunidad, de ser necesario, en tareas educativas y sociales como la alfabetización informacional, la inclusión para el empleo, etc.

Podría señalarse que, hasta este punto, se trata de lo que las bibliotecas públicas, sobre todo las populares y/o las de las colectividades, han hecho desde siempre, esto es, involucrarse con los problemas de la comunidad y atender demandas que exceden la gestión de sus acervos, mediante la extensión cultural. Pero se trata, según el autor, de definir nuevos márgenes de actuación, con requerimientos que implican reaprender la tarea profesional y revisar las misiones de las diferentes bibliotecas. Resulta acuciente imaginar cuál sería el límite, puesto que se corre el riesgo de convertir la gestión de los acervos en el apéndice de una tarea más inmediata (la de responder a las necesidades de los usuarios/as). Las sociedades modernas diseñaron diferentes instituciones con distintos fines, cabe preguntarse si el único camino que le queda a las bibliotecas es diluirse al modificar sus propósitos en pos de responder a los cambios so-

ciales, es decir, pasar de ser dispositivos culturales a centros de atención social, o resistir con respuestas más creativas que revaloricen su misión.

Asimismo, ante el caos uniformante y a la vez fragmentario que ofrece el mundo digital, Parada plantea —y en línea con las transformaciones posibles— que resulta imperioso conectar las bibliotecas con su entorno y su comunidad de usuarios en términos identitarios, acercándose a la historia local a través de la guarda de toda producción cultural de la comunidad, lo que podría augurar relaciones más estrechas con los usuarios, que verían reflejada su idiosincrasia en un espacio propio. Por último, amparándose en los conceptos de “herencia cultural” y “herencia patrimonial” —frente a la tendencia de digitalización del patrimonio, que colocaría a la producción digital como una “escenificación de la cultura impresa”, y, por lo tanto, devendría patrimonio museístico— se pregunta si no es necesario abandonar la denominación “Bibliotecología” por una más genérica como “Ciencias de la Información” para estimular el “vigoroso vínculo que une a los archivos, las bibliotecas y los museos” y “ver como un todo o un *continuum* a los bienes patrimoniales, la historia local, el presente bibliotecario y las tendencias de la biblioteca pública en los años que vendrán”.

Esta última cuestión supone la utópica biblioteca digital universal como un proyecto no tan lejano; sin embargo, la realidad sobre los recursos concretos que se requieren para su realización y los que habitualmente se disponen en los espacios públicos permite imprimir un signo de interrogación sobre los pro y los contra de la propuesta. En principio, los acervos documentales tienen mucho para perder en el cambio de una denominación específica por otra genérica que no sólo incluiría a las bibliotecas, hemerotecas, archivos y museos, sino también, por ejemplo, al periodismo y/o a todo aquello que implique el trabajo con información, particularmente desarrollos vinculados a la tecnología de datos, unificando en un mismo paraguas cosas muy diferentes como lo son el patrimonio cultural, por un lado, y

la comunicación activa de la comunidad y las TIC, por otro.

El cuarto capítulo inicia con un recorrido histórico de las bibliotecas y una de sus características constitutivas: su carácter inherentemente político. Parada interpreta, tal como señala Terry Eagleton (2000; 2017), que las bibliotecas, en tanto dispositivos culturales, adquieren significación cuando se reconocen como una fuerza necesaria desde lo político. El texto se explaya desde los orígenes de las bibliotecas hasta lo particular en la Biblioteca de Mayo (razón de la tesis doctoral del autor) y la creación de las bibliotecas populares argentinas en 1870 para ilustrar “la amplia concepción política de las bibliotecas y de las prácticas lectoras” y desde allí preguntarse en qué momento la profesión bibliotecaria dejó de considerar político su desempeño. Se interna así en los debates que, según señala, fueron despolitizando sus prácticas. Reconstruye además la influencia de los Estados Unidos en la configuración moderna de la bibliotecología en América Latina a través de la American Library Association, aunque advirtiendo que, por lo menos en Argentina, a partir de los años 1960 hubo un giro hacia la escuela francesa promovido, entre otros, por Roberto Juarroz (extraña aquí que el autor no mencione como parte de su argumentación las tensiones a las que estuvo sujeta la Escuela de Bibliotecarios primero, y luego la carrera de grado, particularmente en los efervescentes años sesenta y setenta, como bien reconstruye en su tesis recientemente defendida Leonardo Silber, período sumamente politizado tanto en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires como en la carrera, en ese momento gestionada por el “Departamento de Ciencia de la Información”).

La introducción histórica le da pie a Parada para continuar con una propuesta todavía más audaz que la del capítulo anterior sobre el rol político y social a que están llamados los profesionales en su responsabilidad de bregar por la inclusión y los derechos de los individuos. Para él, resulta indispensable “tener una voz en la biblioteca pública” que se li-

bere de “retóricas ortodoxas”, que poco favorecen a la hora de pensar la función social de las bibliotecas y el mandato de pluralidad con que nacieron, y asistir a la “elaboración de un *plan medular de acción política* para lograr una mayor democratización de sus servicios” (cursivas en el original). Este tópico es el que anuda en el capítulo siguiente, donde avanza sobre los requisitos mínimos inclusivos que deberían tener en cuenta tanto las bibliotecas como los profesionales que las administran, quienes podrían cumplir un rol de “mediadores sociales activos”, en “aras de una universal inclusión”.

El capítulo seis hace un giro hacia la construcción de una historia latinoamericana de las bibliotecas. Aquí Parada revisita y actualiza un tema ya trabajado en un artículo de 2012. Se trata de un campo que se ha fortalecido en la última década y el autor lo retoma para reflexionar sobre las nuevas perspectivas y giros de los trabajos más recientes —interdisciplinarios, muchas veces producidos desde otras disciplinas, con un aporte mayoritario del norte global— y señalar algunas deudas con cuestiones todavía no encaradas, como la realización de una nueva taxonomía de las bibliotecas latinoamericanas y sus particularidades, que pueda considerar los diferentes recorridos desde sus orígenes en el siglo XIX.

El libro cierra con dos breves ensayos críticos sobre las limitaciones que por el momento se hacen visibles en la producción científica de la bibliotecología argentina, reescritura de dos textos publicados entre 2016 y 2017 en **Información, cultura y sociedad**, la revista del Instituto de Investigaciones bibliotecológicas de la FFyL/UBA. El reclamo de Parada sigue vigente: es necesaria una mayor interacción con otras disciplinas como la historia, la sociología, la antropología o la filosofía, que podrían ser un estímulo y contribuir a una mayor consolidación de la investigación del campo.

Un epílogo recorre el hilo que atraviesa los ocho ensayos y medita sobre las mutaciones producidas por la pandemia en las sociedades, así como los retos que acechan a las bibliotecas y sus profesio-

nales, que tuvieron que reinventarse ante el apresurado avance de la virtualidad. Aquí nuestro autor ofrece una vasta e imprescindible reflexión —desde su amplia experiencia profesional y académica— sobre las problemáticas que acechan a las sociedades en tiempos distópicos en los que la brecha digital es reflejo de una mayor segregación y una competencia despiadada por el acceso a derechos como la educación y la cultura. Transforma así a las bibliotecas en un “gabinete mágico” con capacidad de rediseñarse frente a los desafíos de un mundo que parece cada día volverse más complejo y nos promete una utopía redentora y humanista, que podría convertirse realidad de la mano de los bibliotecarios y las bibliotecarias de las promisorias generaciones presentes y futuras que tienen oportunidad de barajar y dar de nuevo.

Karina Jannello
CeDInCI / UNSAM

*A propósito de Patricio Bascuñán Correa, **Masivas e ilustradas. Portadas de libros de bolsillo en el Cono Sur (1956-1973)**, Santiago de Chile, Lom Ediciones, 2023, 324 pp.*

Los discursos autoritarios y dictatoriales, tan revigorizados hoy en día, multiplican sus medios para aplastar lo diferente y lo plural, las expresiones de igualdad, libertad y progreso que aborrecen no sólo como ideas, sino como objetos palpables. Por eso, una de sus dianas históricas predilectas ha sido la asfixia, la censura, y en algunos casos la destrucción, de libros e impresos variados. La mano represiva crece en violencia cuando irrumpe contra procesos revolucionarios, incluso si no se asume como fuerza de la contrarrevolución e incluso si esas revoluciones ocurren en el ámbito del mundo impreso. De una circunstancia y un periodo histórico semejantes, previo a la catástrofe militarista de Chile y Argentina —y en medio de las persecuciones de la Revolución Libertadora y la Revolución Argentina



en este último país— se ocupa precisamente el investigador Patricio Bascuñán Correa en **Masivas e ilustradas**.

A partir de la década de 1950, en efecto, arranca la etapa en que la “revolución del libro”, como la define el sociólogo Robert Escarpit, avanza en ambos países del Cono Sur, hasta que la polarización y la violencia política siegan el rumbo en los años 1970. El fenómeno está enmarcado por la perspectiva, heredera de Eric Hobsbawm, de unos “largos años 1960” como la denominó Claudia Gilman en **Entre la pluma y el fusil** (2003). En ese sentido, también podríamos añadir la visión de otra *revolución interrumpida*, retomando a Adolfo Gilly, aunque sus coordenadas históricas y geográficas sean muy distintas tanto como sus consecuencias sociales directas aparecen con mayor sutileza.

La “revolución del libro” refiere la aparición de un nuevo objeto masivo que cambiará las condiciones de producción, circulación, distribución y consumo de obras, gracias entre otras cosas al abaratamiento del papel y a nuevas técnicas de impresión, difusión y publicidad, aupadas por el auge de los medios masivos y los nuevos lenguajes de la cultura de masas. Arma de doble filo, este moderno libro de bolsillo, hijo del capitalismo estadounidense, irá desplegando por América Latina su potencial tanto social como comercial, mediante colecciones populares o ediciones universitarias cuyos tirajes habían crecido sustancialmente respecto a las décadas anteriores. Con tirajes superiores a los 10 mil ejemplares, esta nueva forma libresca sube pronto a la cresta de la ola de su época y fomenta la revolución cultural sesentera, las luchas contra la descolonización, los discursos enfrentados de la Guerra Fría, así como el potente acicate intelectual de la Revolución cubana en el ámbito latinoamericano.

Para seguir el hilo del auge y la circulación de libros masivos, Bascuñán Correa atiende un elemento clave, original y transformador: las portadas, expresión de una cultura social, visual, muy presente y de varias capas. Su perspectiva no puede ser más adecuada para lo que se propone: estudiar un fenómeno comple-

jo de la sociedad y una producción —del libro de bolsillo a la edición popular— tan variopinta como inabarcable. Tanto los códigos informativos de las portadas, perdurables desde que existe la imprenta moderna (título, autor, pie de imprenta), hasta las novedades del diseño gráfico (abstracciones, tramas, cuatricromía, fotografía), permiten enlazar una inmensa gama editorial. En ella se traslucen deseos de “modernización cultural” y aspiraciones a “democratizar el conocimiento” —sustentadas en idearios ilustrados, desarrollistas y revolucionarios— (Cfr. Bascuñán Correa 2023, 15), tanto como las expresiones de corrientes ideológicas en pugna del periodo —desde las proscripciones del peronismo, la vía chilena de Allende, el guevarismo o el desarrollismo— sin obviar, por último, la literatura, incluyendo todo el universo de la creación latinoamericana, en las coordenadas del *boom* y alrededores, así como las ediciones *pulp* y la literatura de quiosco.

Como suele ocurrir con las historias del libro del siglo pasado, el arco es amplio, pese a que ocurra dentro de la cartografía sudamericana cercana al autor, y en una pinza temporal acotada: entre la fundación de la Editorial Universitaria de Buenos Aires, Eudeba, (1956) y la desaparición de la Empresa Editora Nacional Quimantú en Santiago de Chile (1973). No obstante, la puerta de acceso y de contacto de las portadas también acota, en cierto modo, las búsquedas. Y permite, sobre todo, una aproximación novedosa para entender las circulaciones, la creación de públicos y expectativas, y los usos sociales y políticos de la edición en este estudio material y contextual.

Apunto *novedosa* por varias razones, aunque el “giro material” de los años 1980 con su contundencia sociológica ha dejado de ser novedad. Lo es, más bien, por el planteamiento teórico de Bascuñán Correa, que nos aleja del sendero tradicional de la historia del arte —o de cierto tipo de historia del arte apegada al fenómeno estético—, y nos acerca al rico abanico de producción de efectos y contextos de la cultura impresa y visual. En lo específico, atiende las relaciones texto-imagen (la *imagentexto*), la “construcción social

de la visión” y la “construcción visual de lo social” formuladas por el teórico de la imagen W. J. T. Mitchell en sus propios acercamientos y análisis (Cfr. Bascuñán Correa 2023, 25). Sin embargo, lo novedoso es que la presencia de Mitchell y sus consideraciones teóricas quedan velados, como en filigrana, ante la preeminencia de los contextos y de las condiciones que impone al libro la cultura de masas, bajo la guía teórica tanto de Escarpit como de Umberto Eco. En este sentido, aunque no lo anuncie explícitamente, me atrevo a afirmar que la obra de Bascuñán Correa es la de un historiador de la sociedad y la cultura, donde las portadas son un vehículo formal significativo, una impronta de necesidades, formas determinantes y funciones sociales, pero las condiciones de producción, circulación y recepción imperan.

Precisamente, **Masivas e ilustradas** tiene un diseño editorial y un orden de lectura que intercala el amplio trayecto reconstructivo de los contextos sociales, ideológicos, literarios y editoriales, con el análisis del diseño de portadas; es decir, dos tipos de textos se alternan: el cuerpo central con sus nutridas notas y referencias, y el que acompaña a las riquísimas ilustraciones de portada, párrafos descriptivos y analíticos con una tipografía sin serifas más amplia, una suerte de extensión analítica de lo que habrían podido ser simples pies de imagen (correspondientes a cada carátula de libro). Este segundo cuerpo de texto informa, entre otras cosas, sobre los cambios gráficos y tipográficos en la visualidad de las portadas tanto como sobre las innovaciones en las distintas esferas de producción y concepción editorial (tecnologías de impresión o diagramación, tamaño, gramaje del papel, etc.). En esta parte aparecen, por ejemplo, dos ediciones comparadas de la misma obra, **Sub Terra**, de Baldomero Lillo (editorial Nascimento), una de 1943 y otra de 1970: el autor subraya las diferencias de formato, la calidad del papel, las solapas, la visualidad y tipografía modernizadas vs. una disposición clásica, o la impresión tipográfica vs. la impresión en *offset*. Mientras tanto, el cuerpo de texto central avanza por otros derroteros: los procesos ideológicos y de políti-

zación, en cuyas aguas corre la historia de la edición de ambos países.

La combinación de los dos sentidos de lectura que propone **Masivas e ilustradas** va conformando otra pedagogía entre la imagen y el texto, entre el diseño y sus contextos, entre la historia social y la gráfica. Esa mezcla ofrecida a los lectores es uno de los grandes aciertos editoriales de la obra de Bascuñán Correa. La lectura, en esas dos velocidades, es grata y fluida, alejada de la sobrecarga informativa o de las inflexiones retóricas a las que acostumbra la academia. No sobra decir, además, que en tanto libro profusamente ilustrado —habría sido absurdo que no lo fuera, si de portadas se trata— significa una victoria rotunda sobre los oportunismos voraces y las arbitrariedades del *copyright* actual, los cuales acaban anegando el *viñedo del texto* de tenencias legaloides, actores privados y acreedores espontáneos, hasta aplastar cualquier recurso y cualquier iniciativa de publicar libros enriquecidos con imágenes.

Volviendo ahora al quehacer del historiador, quiero destacar no sólo que se trata de una muy informada historia del libro y de la edición regional, sino de un ceñido repertorio de tres de las representaciones intrínsecas o evidentes más importantes atribuidas al *libro*, las cuales condicionan su forma material y su circulación tanto como su significado. Además de preclaras y de gran utilidad para entender el periodo, incluso en otras zonas de América latina, estas tres representaciones interrelacionadas se diseminan por todo el recorrido y le dan una coherencia vital: (1) el libro como obra filantrópica, civilizatoria; (2) el libro como herramienta de concientización y emancipación; y (3) el libro como bien de consumo de masas.

En torno a la segunda acepción, por ejemplo, no es fortuito que la propia Marta Harnecker haya dirigido la colección Cuadernos de Educación Popular de Quimantú, donde “el libro se entiende como herramienta de la lucha de clases”. Mientras que en proyectos como el de Eudeba, cuyo eslogan era “Libros para todos”, se funden las tres, con el propósito de “crear la necesidad del libro” en todas las clases sociales. Hay un énfasis aquí en el

trabajo de Boris Spivacow, quien comenzó a dirigir Eudeba en 1958 y renunció por el golpe militar de Onganía en 1966.² La microhistoria de la gestión de Boris Spivacow aparece como una “revolución del libro” a cabalidad: bajo su dirección se publican casi 12 millones de ejemplares y se crea un público masivo. No cabe duda de que buscar cómo se relaciona, coexiste o se enfrenta esa triada de representaciones es una lúcida forma de tratar con la gran bibliodiversidad, creciente en el periodo estudiado.

A diferencia de otras, escasas obras, aparecidas desde 2011 y que indagan en torno a las portadas, la de Bascuñán Correa no se limita a tratar aspectos teóricos generales —como ocurre en *The Look of the Book*³ o en la obra más técnica de Rosa Llop⁴—, ni a describir la historia de una casa editorial y la de sus obreros del libro —como hace Marina Garone Gravier en su *Historia en cubierta*⁵ en torno al Fondo de Cultura Económica en México—, ni siquiera a profundizar en tendencias historiográficas y estéticas —como ocurre en el caso del sesudo trabajo de Silvia Fernández Hernández⁶—. La aportación de Bascuñán Correa es única en su género porque reúne todas las anteriores, por su profundo interés en los contextos, como ya mencioné, y porque consigue no perder jamás de vista la matriz central del giro material de la cultura impresa, la de los discursos como práctica y una “interpretación general de la comunicación social”. Lo anterior es particularmente vi-

sible en capítulos cruciales como “Ideología y politización” o “Ediciones universitarias”, donde las portadas son una suerte de correlato gráfico, e intelectual —pues siempre apelan a la lectura—, de la narración histórica y sociopolítica.

Para cerrar, no puedo más que mencionar un dato sorprendente del proceso de investigación de **Masivas e ilustradas**. ¿Cómo llegó el autor a reunir, consultar y entrar en contacto directo y genuino con tantas portadas? Según lo que informa, él mismo construyó un “archivo personal” desde 2013, con libros adquiridos en distintos puntos de venta urbanos: ferias, puestos callejeros, librerías de viejo o en redes sociales, comprados a precio “más o menos equivalente al kilo de marraqueta” o incluso recuperados de la basura.

Ante esta ardua recolección individual vale preguntarse qué papel tuvieron para Bascuñán Correa las instituciones de memoria del Estado, aquellas de las cuales se espera que resguarden, preserven y difundan los libros, se trate o no de ediciones masivas y populares. En ningún sentido la búsqueda, el hallazgo y el deseo de un acervo individual están en duda, simplemente perdura un gran vacío y algunas preguntas: ¿en qué lugar queda la responsabilidad del Estado ante la memoria editorial y libresca, ante la historia gráfica y visual? ¿Por qué las bibliotecas públicas, barriales, universitarias, nacionales o patrimoniales no tuvieron ninguna función de utilidad en esta obra? Si el Estado de la tiranía militar destruyó el florecimiento editorial de los largos años 1960, ¿no sería justo exigirle a esos mismos Estados nacionales, a la vuelta de las décadas y los procesos democráticos, alguna responsabilidad patrimonial? Ante estos cuestionamientos, me parece que el empeño individual de Bascuñán Correa, la ingente y rica cosecha de portadas (y ediciones) que llevó a cabo, no deben terminar eximiendo a nuestras instituciones de memoria de su responsabilidad pública en la conversación, resguardo y difusión de esta materia viva. ¿No se pierde alguna parte de la historia social al perder de vista todos estos fondos y acervos impresos?

2 Su renuncia, por lo demás, lo conduce a fundar el Centro Editor de América Latina (CEAL), crucial para la segunda mitad del siglo XX en la historia editorial del orbe hispanoamericano.

3 David. J. Alworth y Peter Mendelsund, *The Look of the Book: Jackets, Covers, and Art at the Edges of Literature*, Nueva York, Clarkson Potter/ Ten Speed, 2020.

4 Rosa Llop, *Un sistema gráfico para las cubiertas de libros. Hacia un lenguaje de parámetro*, Barcelona, Gustavo Gili, 2016.

5 Marina Garone Gravier, *Historia en cubierta. El Fondo de Cultura Económica a través de sus portadas (1934-2009)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

6 Raúl Fernández Hernández, *El arte del cajista en las portadas barrocas, neoclásicas y románticas (1777-1850)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas y Universidad Autónoma Metropolitana, 2014.



En este sentido, la discusión que abre el autor sobre los libros como vehículos o como monumentos es doblemente fructífera. Sería absurdo asumir que el Estado sólo debe conservar y difundir aquellos libros monumentales y no las obras más baratas, populares y masivas. Es injustificable que no haya políticas públicas de conservación y cuidados para todo tipo de impresos, las cuales incitan también a la revaloración y revisión de estos periodos de la industria editorial, siempre elocuentes para entender nuestros imaginarios políticos, como bien demuestra Bascuñán Correa. Ni la oscuridad golpista ni el desarrollismo económico a ultranza, ambas formas de violencia, deben apartarnos de la exigencia de memoria pública y compartida.

Alvaro Ruiz Rodilla
(UNAM)

A propósito de Ana Amélia M. C. de Melo, Fernando Marcelo De la Cuadra y João Ernani Furtado Filho (orgs.), **E. P. Thompson en Chile. Solidaridad, historia y poesía de un intelectual militante**, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2024, 269 pp.

En 2023 se cumplieron sesenta años de la primera edición de **The Making of the England Working Class** y en 2024 se celebró el centenario del nacimiento del autor de dicha obra: Edward Palmer Thompson. Producto de estas conmemoraciones, varias universidades sudamericanas, al igual que en Europa, homenajearon al historiador marxista británico y temprano impulsor de la nueva izquierda. Desde 2022 un grupo de académicos e investigadores brasileños de la Universidade Federal do Ceará, encabezado por la historiadora y archivera Adelaide Gonçalves, organizaron un conjunto de eventos e impulsaron junto al sello Ariadna la publicación **E. P. Thompson en Chile. Solidaridad, historia y poesía de un intelectual militante**. Este título alude al poema de Thompson "Homage to Comrade Salvador Allende" incluido

en el folleto de la Bertrand Russell Peace Foundation que convocaba a un mitin de solidaridad con Chile en Londres el 20 de septiembre de 1973. El facsímil, fotografiado por Antonio Lizalde, aparece en las páginas interiores del libro junto a la traducción de Fernando Marcelo De la Cuadra, uno de los tres coordinadores del volumen. También en 2024, **Políticas de la Memoria**, revista de investigación del CeDInCI, analiza la recepción del marxista británico en Argentina mediante la publicación de un *dossier* preparado por Horacio Tarcus y Ricardo Salvatore.

El libro **E. P. Thompson en Chile** se divide en dos partes. La primera de ellas se inicia con un capítulo a cargo de M. C. de Melo y De la Cuadra, quienes relevan las variadas políticas culturales del gobierno de Allende y el exilio en Inglaterra de intelectuales y científicos sociales del país trasandino. Estos crearon en la capital británica la Asociación de Historiadores Chilenos junto a la publicación denominada **Nueva Historia. Revista de Historia de Chile** (1981-1989). En su trabajo, los autores profundizan en la "ruptura historiográfica" producida en Chile a mediados de la década de 1980 con la adopción de las categorías "experiencia", "sujeto social", "bajo pueblo" y "agencia"; propuestas centrales del marxista británico. Estas categorías circularon en el ámbito universitario y en publicaciones de organizaciones no gubernamentales tales como Educación y Comunicación (ECO) y SUR Profesionales. La revista **Proposiciones** (1981-), vocera de esta última, introdujo categorías thompsonianas en el artículo "Historiografía chilena: balances y perspectivas" (1986) y en la compilación "Chile, Historia y 'Bajo Pueblo'" (1990), dos contribuciones claves para la emergencia de la "nueva historia social".

El segundo capítulo, a cargo de Furtado Filho, estudia las relaciones familiares de E. P. Thompson. Tanto el vínculo con su padre Edward John Thompson —pastor metodista, misionero, escritor y traductor de la obra de Rabindranath Tagore— y su hermano mayor William Frank Thompson —poeta, militante comunista, conocedor de nueve idiomas, asesinado a los 24 años—. Luego, aborda las intervenciones de Thompson en la revista litera-

ria **Our Time** dirigida por los intelectuales Edgell Rickword, Randall Swingler y Montagu Slater. Furtado Filho destaca en las intervenciones de Thompson su específica concepción ética de la obra poética: los poetas deben asumir un compromiso solidario promotor de valores éticos que inciten a la transformación de la realidad. Valores que Thompson, en el poema dedicado al derrocado presidente chileno, asoció a las figuras latinoamericanas de Bolívar, el Che Guevara y Allende.

La segunda parte del libro consta de entrevistas y artículos relevantes que precisan la riqueza de la recepción de Thompson en el quehacer historiográfico chileno. El primer entrevistado es el historiador Gabriel Salazar, uno de los intelectuales de referencia de la "nueva historia social", cuyo **Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena en el siglo XIX** (1985) constituye una "historia desde abajo y desde dentro del pueblo" cercana a la desarrollada, según Salazar, por Thompson. Sin embargo, no deja de ser llamativa la afirmación del entrevistado: "Yo no conocí a Thompson en profundidad. Sólo lo conocía de nombre, pero nunca lo estudié o leí aquí en Chile antes de ir para Inglaterra" (p. 59). Pese al desconocimiento inicial, el intelectual reconoce que a finales de la década de 1980: "la mayor influencia fue encontrar en Thompson la definición de clase no en un sentido mecánico... [sino] como movimiento" (p. 62). Para el historiador chileno la clase trabajadora no es presentada por Thompson "en función a un partido o la huelga, sino que describe la clase en función de la gente viva, hombres, mujeres, con todas sus características" (pp. 62-63), o sea, actores que piensan, sienten y actúan. Un posicionamiento afín al concepto thompsoniano de "agencia" a partir del cual Salazar, militante juvenil del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, expone el motivo de su ruptura con las pretensiones representativas que se arrogaban los partidos de izquierda chilenos.

A continuación, brinda su testimonio Julio Pinto, otro de los referentes de la "nueva historia social", quien durante la dictadura pinochetista cursó estudios de postgrado en la Universidad de Yale, Es-

tados Unidos, y allí descubrió la obra de Thompson. Sin embargo, al igual que Gabriel Salazar, el estudio de **The Making of the England Working Class** lo impresionó porque ofrecía una visión marxista liberada de las ataduras del determinismo y el reduccionismo economicista del marxismo vulgar. Considera que gracias a la obra de Thompson la historiografía chilena avanzó más allá del estudio del modo de producción capitalista y de las relaciones sociales que no encuadran en este. Pinto enfatiza la incidencia de las categorías thompsonianas en sus obras: **Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera** (1998) y **¿Revolución proletaria o “chusma querida”? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)** (2001), libro publicado en coautoría con Verónica Valdivia que también fue difusora de las tesis thompsonianas en Chile. Sin embargo, el investigador sugiere que en la actualidad la “nueva historia social” ha retrocedido ante el auge de los estudios de género, la historia cultural y la nueva historia política.

El tercer capítulo es un texto de Cristina Moyano, quien revisa su experiencia como estudiante de Historia en la Universidad de Santiago de Chile (USACH) en los años iniciales de la transición a la democracia. Moyano historiza la recepción de la obra de Thompson mediante una cartografía que recorre la emergencia de la “nueva historia social” prolongada por los debates en torno a **La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile, 1947-1987 (Una perspectiva histórica popular)** de Salazar (1990). Las producciones de Salazar, Pinto, María Angélica Illanes, Sergio Grez y Mario Garcés, junto con la visita de Eric Hobsbawm a Santiago en 1998, marcaron en las décadas de 1990 y 2000 la hegemonía de esta corriente. Continuando el análisis del periodo, la historiadora revisita sus propias investigaciones sobre el “sujeto popular”, desde su tesis de grado sobre los vendedores ambulantes de fines del siglo XIX hasta **MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundamentales del partido mito de nuestra transición (1969-1973)** (2009), en las que apeló a las categorías

thompsonianas de “clase” y “experiencia” debatidas en las revistas **New Left Review** (1960-) y **Past and Present** (1952-).

El último capítulo del libro fue preparado por Rolando Álvarez. El investigador comparte con Moyano el recuerdo de la visita de Hobsbawm, pero desde su perspectiva en ese momento el marxismo había perdido popularidad. Por entonces, algunos historiadores tradicionales como Eduardo Devés clasificaron a la “nueva historia social” como un “marxismo mínimo”. Álvarez reconoce que su lectura de Thompson fue tardía y emerge en su tesis doctoral sobre los comunistas chilenos. Hasta entonces se consideraba al Partido Comunista de Chile como un objeto antropomorfizado, como un ser viviente de cuerpo monolítico. El historiador chileno historiza la experiencia del aparato partidario y lo presenta más diverso de los modelos prescritos por la estructura orgánica que pretendía una militancia homogénea en todos los ámbitos. El autor en **Hijos e hijas de la Rebelión. Historia política y social del Partido Comunista de Chile (1990-2000)** (2019) y **Del viraje al gobierno de nuevo tipo. El Partido Comunista de Chile en la primera década del siglo XXI** (2022) adoptó las categorías de “agencia” y “experiencia” para identificar las diferencias entre la militancia universitaria, territorial y sindical de las y los jóvenes comunistas. Ambas contribuciones le permitieron explicar la persistencia del comunismo chileno a pesar del colapso de los llamados socialismos reales.

E. P. Thompson en Chile fue presentado por sus editores y colaboradores el 17 de octubre de 2024 ante un auditorio de la USACH colmado por investigadores y estudiantes. La presentación ocurrió en vísperas del 5° aniversario de la revuelta popular conocida como “estallido social” de 2019 en el cual emergió el “sujeto de abajo”, como señalaron los editores. En ese marco, Ariadna Ediciones liberó los derechos del libro y también entregó copias al público como homenaje al compromiso intelectual de Thompson y a la memoria de Allende, ambos necesarios ejemplos para las resistencias y las poéticas en estos tiempos.

Al finalizar la lectura del libro queda por revisar la incidencia en la historiografía chilena de la crítica a **Miseria de la teoría** (1978) por parte de Perry Anderson en su obra **Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson** (1985).

Patricio Francisco Lagos Faúndez
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación / UNLP